

Memoria y Masculinidad en Ramón González Montalvo

Rafael Lara-Martínez
Tecnológico de Nuevo México
USA

Envejecen los recuerdos y borran el pasado.
Ramón González Montalvo, 1935/1950: 118

Una mujer [...] quiere fuerza [...] le gusta sentirse dominada [por]
los güevos [y] la verga en la mano.
[Atributos de la hombría y de la autoridad].
Ramón González Montalvo, 1960: 15 y 164

0. La memoria contra el archivo

Al elevar la memoria a documento de la historia, se abandonan varias ideas clásicas. La introspección se eleva al nivel de una fuente primaria tan válida como el conjunto de los archivos nacionales. La intimidad atenta desplaza toda huella exterior que la contradiga. En la memoria misma, su facultad se identifica al recuerdo y a la reminiscencia. Motivada por la política del presente, la voluntad piensa que la memoria equivale al recuerdo.

Empero, una distinción similar a la ruptura que constituye lo político —el sonido (*phone*) vs. la lengua (*logos*)— separa la memoria del recuerdo. La primera se percibe como un atributo de “muchos animales”, mientras que la reminiscencia sólo le pertenece al ser humano” (Aristóteles, *Traité de la mémoire et de la reminiscence*, s/página). Si el sonido lo comparten los animales y los humanos con *logos*, también ambos seres participan de la memoria aun si el recuerdo sea una prerrogativa del *logos*, cimiento de lo político (Aristóteles, *Política*, 1967: 1413).

Su actividad implica el “razonamiento de una impresión antes vivida”. A diferencia de la memoria, el recuerdo presupone una “investigación” característica de quienes poseen “voluntad”, capacidad de “razón (*logos*) y de silogismo”. De tal postulado se deduce lo siguiente. “La memoria y el recuerdo no siempre se juntan [...] la memoria se aplica al pasado unida a la imaginación de una manera indirecta a la cosa pensada ya que el objeto está ausente y sólo la modificación de la mente se halla presente. Por tanto es incompleta y fugaz en su copia de un objeto, sobre todo si la impulsa una pasión [una historia tan] violenta” como la salvadoreña (Aristóteles, *Traité de la mémoire et de la reminiscence*, s/página).

Sea que adopte la vía realista de un ensayo científico o la de una novela, la razón del recuerdo sustituye la huella del pasado. “Funciona para destruir” el pasado (J. Derrida, *Mal de archivo* 7). La memoria es una de las artes plásticas que modelan el pasado irrevocable. Tal es la tesis que guía una teoría que distingue varios modos de remontarse al pasado. La memoria histórica “tiene por vocación silenciosa borrar el archivo y empujarnos a la amnesia” (J. Derrida, *Mal de archivo* 8).

Algo extraño le ocurre al conocimiento histórico en el momento en que confunde la memoria y el recuerdo, el retorno al origen y el archivo consignado en un lugar exterior al sujeto. Cuatro operaciones distintas —memoria, recuerdo, retorno y archivo— las mezcla la voluntad política del presente. En su amalgama, al conocimiento histórico le sucede algo tan extraño que los archivos nacionales no los consume el olvido. El repertorio histórico lo incinera la memoria.

I. Política de la cultura en 1935

En su aplicación práctica, esta teoría filosófica la desglosa la novela *Las tinajas* de Ramón González Montalvo (1935/sin fecha de publicación; 1940 según J. P. Toruño, *Desarrollo literario de El Salvador*, 1958: 395); inédita hasta 1950 según H. Lindo, *Antología del cuento moderno centroamericano*, 1950: 203) quien luego la fecha de 1950 en un artículo de 1958).

Sus contemporáneos la juzgan como “la mejor novela dispuesta técnicamente” (Toruño 395), “bajo la influencia de Ambrogi” (Lindo, 1958: 3) y con una “briosa manera de describir, con las expresiones propias de nuestros campesinos, pero sin el buen humor” de otros autores (L. Gallegos Valdés, *Panorama de la literatura salvadoreña* 398). González Montalvo posee el defecto de no hacer del indígena un hazmerreír como ocurre en “La botija” de Salarrué (1933), según Seymour Menton (*El cuento hispanoamericano* 146; “sentido humorístico [...] elemento exótico [que] pretende hacer reír”), y en *Andanzas y malandanzas* de Rivas Bonilla (48; “indio más bruto [...] que los mismos animales”), según Gallegos Valdés.

El epígrafe inicial establece la diferencia drástica del pasado con la memoria presente. No sólo sucede que el pasado lo trastoca la intención expresa de “revivir la niñez” (González Montalvo, 1935/1950: 18). El intento de restaurar la gloria de los ancestros perturba el reporte objetivo de la historia. Igualmente, un retorno al origen altera los valores éticos del presente. Su proyecto de restauración presupone reciclar la autoridad masculina del hacendado bajo una utopía patronal y patriarcal. Sin la presencia efectiva del propietario los colonos se juzgan incapaces de emprender trabajos agrícolas, al igual que la mujer se siente abandonada y sin futuro. Así se resuelve la doble temática de la novela. La deformación del pasado —su cotejo con el archivo— imagina su restauración. El recuerdo restablece un orden social tradicional para impulsar el desarrollo económico en el campo salvadoreño. Esta propuesta

—paternalista y patriarcal— no podría ser más contemporánea de la propia renovación de la sociedad salvadoreña.

I. I. Del arte...

Hacia 1935, se considera que las “elecciones libres” le otorgan un segundo mandato legítimo al general Maximiliano Hernández Martínez (1931-1934; 1935-1939; 1939-1944). Su esperanza reformadora la manifiesta una “política de la cultura o del espíritu” en la cual participan intelectuales de prestigio como el mejor escritor salvadoreño de la primera mitad del siglo XX: Salarrué (*Boletín de la Biblioteca Nacional*, noviembre de 1933: 3). Esta voluntad del recuerdo la ejerce una labor de diseminación del arte indigenista salvadoreño.

Basta citar dos archivos culturales tachados por la memoria histórica del siglo XXI para verificar la tesis derridiana de la amnesia. Bajo la dirección de Luis Mejía Vides —hermano del reconocido pintor, José— se edita la *Revista El Salvador* de la Junta Nacional de Turismo (1935-1939). Ilustrada y bilingüe, en español e inglés, la distribuyen las embajadas y consulados en el exterior. Esta publicación es una sola de las revistas culturales que se olvidan para mantener vigente una memoria histórica sin un archivo que la justifique.

Esta primera iniciativa estatal la redobla la participación activa del gobierno en la Primera Exposición Centroamericana de Artes Plásticas, en San José Costa Rica (octubre de 1935). Por nombramiento ejecutivo, el delegado oficial se llama Salarrué. El escritor promueve el indigenismo salvadoreño en pintura, como alternativa artística en el istmo al muralismo mexicano.

No sólo el estado contribuye monetariamente con el “Premio Salvador”, sino que José Mejía Vides obtiene el premio máximo como prueba del tesón oficial del país por promover la identidad regional. Su valoración indigenista del pueblo de Panchimalco la avala el gobierno como símbolo “indígena puro” de lo salvadoreño (*Diario Oficial, Revista El Salvador, Boletín de la Biblioteca Nacional*, etc.).

De nuevo, el archivo nacional y costarricense del evento artístico lo censura la memoria histórica del siglo XXI. Al lector de consultar cualquier obra de historia cultural —desde el centenario del natalicio de Salarrué (1999) hasta el presente— para constatar la manera en que la memoria actual obra al tachar el archivo.

I. II. ... Al trabajo

En este marco de diseminación cultural, se escribe la novela de González Montalvo. El escritor propone renovar las relaciones de producción y de trabajo entre los hacendados y sus colonos. Motivado por el recuerdo, el personaje principal, Ricardo Ardamúz, retorna al origen para restaurar el legado familiar en decadencia. En su regreso, se cifra la política de la cultura de 1935 bajo una doble vertiente. Hay que crear un modelo indigenista

centroamericano, alternativo al mexicano, para diseminarlo como molde de identidad artística y literaria. Hay que recrear el prototipo de la hacienda productiva de materias primas por un quehacer conjunto entre el hacendado y sus colonos. El capital y el trabajo concuerdan en su misión desarrollista común. Ambas tareas —la diseminación letrada y la producción agrícola— son esferas que reciclan lo masculino. La mujer “sin mi padre, sin nadie [= ningún hombre] que vele por mí” es tan inútil como los colonos sin la guía del hacendado (González Montalvo, 1935/1950: 276).

A continuación se analizan ambas temáticas de la novela. Primero, se estudia el recuerdo como retorno al origen y las desfiguraciones que presupone del pasado, al igual que su cotejo con el archivo objetivo. En seguida, se examina la restauración de la hacienda tradicional gracias al retorno del patrón a sus propiedades tradicionales. El amo orienta el trabajo de sus colonos hacia una nueva época de bonanza económica y de concordia social. El amo redime a la mujer de su desamparo solitario. El amo forja un futuro comunitario.

II. Del recuerdo y del archivo

“Allí nací. Es cuestión de ancestros”, declara Ardamúz al justificar su arraigo a Las Tinajas, una hacienda remota y aislada del fervor urbano (González Montalvo, 1935/1950: 259). Ni una prominente carrera de abogado, ni el amor de una rubia seductora, lo retienen en la ciudad capital. El compromiso con el origen sella un destino de vida. Los espectros le hacen un llamado vocacional para que su herencia perviva en el presente. “Aprendí a amar” la tierra, “a considerarla como parte de mi existencia” (González Montalvo, 1935/1950: 259).

La tierra se halla sembrada de recuerdos como plantas que florecen irrigadas por el deseo. La geografía lleva la marca de la historia humana. Existe una escritura anterior a todo glifo y a un alfabeto. Existe un testimonio previo a toda deposición judicial. Se llame cacería, doma y herraje de animales, agricultura o defoliación, la marca de la historia humana se inscribe en el entorno que la sustenta y enmarca.

“¡Amate de la Quebrada Honda! [...] conservaba en su corteza innumerables cicatrices. Recuerdos de todas las generaciones que buscaron abrigo y descanso, y que en cambio le dejaron como testimonio las heridas de los corvos y cuchillos clavados en su cuerpo” (González Montalvo, 1935/1950: 38-39). A “la permanencia de la memoria” González Montalvo la nombra “las cicatrices [del] recuerdo”.

No resulta de una casualidad vana que González Montalvo utilice el símbolo del amate para expresar la manera en que el recuerdo pervive en el medio ambiente. Su “corteza” se ofrece como lugar “de consignación” e “instancia de autoridad” de un archivo regional (Derrida, 1994: 16).

Esa cáscara recia le sirve de materia prima al papel indígena más auténtico. La palabra náhuat-pipil que designa el árbol también significa “papel, libro”. Asimismo, existen múltiples derivados que refieren a la escritura y a su asiento material, externo al sujeto. Como lugar de autoridad —“consignación de la ley” y archivo— la lengua náhuatl-mexicana clásica le aplica el término al “estandarte como emblema del sacrificio humano”. El decreto del guerrero vencedor se tatúa en la piel del sacrificado.

Sin necesidad de metáfora, bajo el amate se levanta una biblioteca que, de manera tajante, archiva los recuerdos de una memoria huidiza. El retorno al origen enfrenta al personaje a “los recuerdos y los rencores” de una violencia familiar fundadora (González Montalvo, 1935/1950: 98). Lo enfrenta a las reminiscencias que su intimidad censura. Mientras la memoria histórica aconseja olvidarlas —para reconstituir su legado en el presente— el archivo natural confronta al personaje principal al origen denegado. De igual manera que los campesinos “ingenuos firman un documento” ante un “abogado” desalmado, el amate les expropia a los personajes la memoria histórica acomodaticia (González Montalvo, 1935/1950: 95 y 114).

El amate-archivo —árbol, papel, libro y estandarte de la muerte— obliga a restituir los archivos nacionales tachados por la amargura del presente. En su corteza se deposita “lo defectuoso de los títulos” a los que apela la memoria histórica (González Montalvo, 1935/1950: 113). Tal carencia subjetiva, la fronda la sustituye por las “escrituras registradas” del archivo (González Montalvo, 1935/1950: 113). Si la figura del amate no bastara, otro árbol tupido, el “conacaste” —del náhuat-pipil *nakas*, “oreja”— testimonia la historia humana que “escucha” (González Montalvo, 1935/1950: 97-98 y 109).

II. I. El recuerdo del futuro

Antes de toda temática social, la primera polémica de la novela abre un debate actual. La memoria histórica de un grupo social encubre los archivos exteriores que consignan su violencia fundadora, en la tentativa de inventar el futuro. “La apertura de la relación con el porvenir” proviene del pretérito hecho espectro (Derrida 18). Si se “recuerda con asombro la tristeza”, “hay que olvidar” el “cuadro dantesco” de los “rastros de sangre” que denuncian la “sorda lucha” a muerte entre hermanos enemigos (González Montalvo, 1935/1950: 18). Según el modelo bíblico de Caín y Abel, el despegue fratricida incita a “ahogar sus recuerdos” para que lo “inmensamente amargo” se vuelva vago y se desvanezca “lejos, muy lejos” (González Montalvo, 1935/1950: 140 y 117). La “voz de Caín” modula la historia nacional de la violencia (González Montalvo, 1935/1950: 79).

El retorno a los orígenes no sólo revive la niñez —“la dulce vida que tocó a su fin”— también enfrenta al sujeto a la huella objetiva del recuerdo interno denegado (González Montalvo, 1935/1950: 12). A la naturaleza marcada por la acción humana de los antepasados se agrega la casa familiar. Sus “salas señoriales testifican [...] la herencia obscena y chabacana” que se anhela

olvidar. Testifican “las negruras que desfilan por” todo el ambiente natural y humano (González Montalvo, 1935/1950: 130).

Como en la más auténtica novela freudiana, el origen del relato se sitúa en la muerte del padre y en la interiorización de su imagen espectral. El verdadero padre es el padre muerto quien inscribe su huella indeleble en el recuerdo de sus hijos. Su fantasma vive impreso en el entorno natural. “ Tu padre ha muerto. Te espero”, transcribe la orden inicial (*arkhe*) de la madre que estimula al héroe a su retorno (González Montalvo, 1935/1950: 10). “Como una incisión en plena piel”, el cotejo del recuerdo con el archivo objetivo inculca una “obediencia diferida” al patrimonio familiar (Derrida, 1994: 13).

El hijo repite al padre. Lo reitera en su intimidad más propia y en su proyecto de renovación de la hacienda. Asimismo el hijo reproduce la figura paterna para los otros: para los colonos que lo obedecen y para el resto de su familia. “No era Ricardo [Ardamúz,] era la imagen de Guillermo” (González Montalvo, 1935/1950: 33). Era el padre revivido. Los sueños y proyectos” del futuro los inspira el “orgullo de mi viejo” (González Montalvo, 1935/1950: 141). Hay que sentirse otro al reencarnar el dictado primordial del padre en la reposición comercial de la hacienda.

El compromiso con el porvenir se halla inscrito en el pasado. Lo transcribe el testamento familiar como predestinación regeneradora de la violencia de los comienzos. Se trata de “reconstruir la obra de [los] padres” para que “vuelvan los tiempos pasados” (González Montalvo, 1935/1950: 132). “La vida de antaño fecunda y alegre” (González Montalvo, 1935/1950: 133 y 181). El futuro realiza la repetición corregida del pasado.

En breve, *Las tinajas* ofrece una visión bastante compleja de la interacción del recuerdo, como proyecto por venir, con el retorno al origen y con el archivo exterior a la intimidad del sujeto. La memoria histórica no logra erradicar el archivo, ya que las marcas de la violencia son de tal magnitud que le resulta imposible borrarlas. El terror lo transcribe la tierra misma en su fronda. Confrontada a las huellas indelebles de la historia, la memoria cede ante un designio del recuerdo que imagina un programa de restauración del patrimonio familiar. Para tal efecto se necesita que el retorno al origen se acompañe de un restablecimiento de la autoridad masculina.

III. Masculinidad

¿Y dónde habís aprendido que una mujer no quiere fuerza? Aunque sea de mentira le gusta sentirse dominada... la sumisión completa de la hembra frente al macho fuerte que la desea y la disputa [define nuestra identidad nacional]. Ramón González Montalvo, *Barbasco* (1960: 115).

La renovación de la hacienda *Las tinajas* queda en manos de Ricardo Ardamúz. A la muerte trágica de su padre —al deceso de su madre— la hacienda languidece por la desidia. Las siembras decaen y el ganado se

vuelve “arisco y bravío” (González Montalvo, 1935/1950: 137). Los cerdos pueblan las habitaciones humanas, “medio destruidas”, llenas de “amargura” y de “basura” pestilente. En neto contraste racial —propietario-colono— la suciedad “negra” del desdén campesino contrasta con “las manos blancas y puras de su madrecita”, con la antigua limpieza patronal (González Montalvo, 1935/1950: 130-131).

Los colonos carecen de iniciativa propia. Más que su bienestar les interesa “chiviar [= jugar naipes o dados] en las galeras o [andar] en correrías [tras las] zipotas [= muchachas]” (González Montalvo, 1935/1950: 123). Sin la guía del patrono “semos huérfanos y solitarios” (González Montalvo, 1935/1950: 27). “Los patronos denantes, sí que eran buenos, unos verdaderos padres pa totitos los necesitados” (González Montalvo, 1935/1950: 140).

Los campesinos se perciben en su torpeza laboral sin un guía del terrateniente que los conduzca a la superación. El símbolo del desdén rural lo exhibe “una mujer mugrienta [...] en la enlutada cocina de Las tinajas”, sin más discurso que un “gruñido” (*phone*) casi animal (González Montalvo, 1935/1950: 131). En la ausencia de Ardamúz, los administradores despiden a los colonos más fieles. Despilfarran su legado, a la vez que se alían con sus vecinos enemigos quienes invaden las fértiles tierras colindantes.

Por una premura financiera —y un llamado del recuerdo— el heredero regresa a Las tinajas para verificar cómo reina la desolación. La ruina es triple. Los colonos —se reitera— no poseen la voluntad de superarse por el trabajo. Los administradores derrochan las ganancias en borracheras, robos y mujeres. En fin, los vecinos se lanzan a la rapiña y a la usura. La reversión del malestar endémico se produce de manera paralela al desarrollo del liderazgo de Ardamúz. Tal promoción no manifiesta un simple acto político en el sentido tradicional de esta esfera.

Por supuesto, el joven hacendado incita a los colonos a reconstruir las propiedades. No sólo repara su patrimonio personal. Introduce el uso de tractores y de tecnología moderna en la agricultura. Vuelve a trazar los linderos oficiales de la hacienda. Domestica el ganado salvaje. Renueva la casa familiar y las viviendas de los colonos. Bajo su mando, renace una hacienda moderna y pujante, en la concordia absoluta del capital y del trabajo. Empero, ese ascenso desarrollista no se ciñe a un análisis socio-político convencional. Tal reflexión omite la más crasa evidencia. La política la practican los seres humanos corpóreos y sexuados.

Hacia la época, la política se define como una esfera masculina exclusiva. En ningún momento, el patronato de Ardamúz lo ejercería una mujer o un hombre debilitado y poco viril. En este sentido oculto, su ascenso como hacendado lo realiza la construcción de una hombría singular, según los cánones culturales estrictos del campo salvadoreño. No existe un liderazgo efectivo sin una masculinidad enérgica que lo justifique. No hay política sin hombría. Hasta el despegue de la guerra civil salvadoreña, la fórmula no cambia. “Marxismo y

huevos [= testículos]: ésa es la fórmula de la revolución [...] meterse en cosas de hombres” (R. Dalton, *Miguel Mármol*, 1972: 495).

III. I. Liderazgo y masculinidad

A su regreso de la ciudad, Ardamúz muestra una indiferencia ante los trabajos del campo. Permanece recluido en la casa familiar, casi con un desgano sin igual. Tal encierro, los campesinos a su servicio lo juzgan de afeminamiento urbano. La ciudad resulta un símbolo de la vida fácil, de la molicie y de la perversión adinerada. El patrón “le teme al sol y alza pelo a los duros trabajos de sabana”. Incluso la actividad literaria —“los libros y cuadernos”; los “cuentos, novelas y poemas campestres”— denotan la falta de virilidad y de desdén por el agro (González Montalvo, 1935/1950: 125). Para un campesino, compañero de infancia, Ardamúz es “aquel joven, casi afeminado” por la vida urbana (González Montalvo, 1935/1950: 136).

La intrusión de la vida citadina provoca el escándalo de los campesinos. A la delicadeza de Ardamúz, se agrega la presencia inesperada de una rubia, “mujer insaciable” y seductora: Lety. Al recato rural lo perturba el libertinaje citadino. La mujer cosmopolita es “una golfa” y “peperchita” insaciable (González Montalvo, 1935/1950: 256). De fraguarse la relación con una mujer citadina, a Ardamúz lo acecharía un doble peligro que lo obligaría a descuidar la hacienda. Sea que emigre a la ciudad, sea que lo absorba la lujuria, el proyecto de restauración quedaría truncado.

Por tal razón, los campistas anhelan su reconversión en “hombre”. “Ahora sí, tenemos hombre [...] que comparte [...] las penalidades de la vida” (González Montalvo, 1935/1950: 143). La transformación de Ardamúz, de citadino a campista, equivale al paso de un afeminado a un verdadero varón.

La cuestión a resolver es averiguar el sentido que cobra el ser hombre en Las tinajas, cuyo modelo interioriza Ardamúz para que su autoridad de hacendado la respeten los colonos. Ya el segundo epígrafe inicial y el que encabeza este tercer apartado especifican la violencia que el varón ejerce como atributo social de su potestad. La “fuerza” y la “dominación” las practica como esencias naturales que emanan de su condición biológica innata: “testículos (güevos)” y “falo (verga)” (González Montalvo, 1935/1950: 90 y 164).

Por tal razón —el falo como insignia del poder— la primera expectativa le impondría realizar su derecho de pernada ancestral en una criada adolescente. La “zipota pizpireta [...] no vestar agusto hasta que el patrón no se la tire [y] es la pensada de ña Tomasa”, su madre. La “pubertad” y la “carne virgen” le “rinden su tributo al amo” (González Montalvo, 1935/1950: 130). No interesa resolver si se ejecuta la acción que la novela plantea como un enigma. Es obvio que, en González Montalvo, la sublimación “cartuja” resulta necesaria en el desarrollo laboral de la hacienda. De lo contrario, la vida la dilapidarían “las correrías” de los colonos tras “las zipotas” y la lujuria de los últimos administradores mujeriegos (González Montalvo, 1935/1950: 125-126).

Lo esencial del enigma deriva de las expectativas que debe cumplir Ardamúz al demostrar su carácter viril. Estas convenciones culturales de los colonos son dobles: asumir el oficio de campisto y el de varón dominante. La novela le rinde un homenaje al quehacer del campisto salvadoreño. “Ser campisto es para esa gente algo superior a los que labran la tierra [...] desafiando al viento en las isletas, dominando la fogosidad del caballo y anulando la bravura del toro” (González Montalvo, 1935/1950: 143).

El término campisto designa al vaquero o gaucho salvadoreño, a quien la novela desea elevar al nivel de héroe cultural. Tal dedicatoria establece una neta distinción de género ya que no existe una sola mujer que ejerza ese oficio. De la doma y herraje de caballos a la domesticación del ganado cimarrón, se trata de someter la parte animal a los designios del hombre. Acaso la mujer sea una sección constitutiva de esa irracionalidad a sujetar. La misma fuerza bruta que se emplea en el ganado rige la relación de pareja. Así lo percibe la rubia citadina, Lety, al visitar a Ardamúz en la hacienda.

“La operación que ejecutaba el hombre le va doler y le puede arrancar la cola al pobrecito caballo [el cual] pujaba al sentirse tirado y se despatarraba a los inviones [...] el garrote del domador, golpeándole la jeta le moderaba sus ímpetus. —Pobre animala, cómo tendrá la nariz. Qué procedimientos más brutos usan aquí... y oye Ricardo ¿así tratan a las mujeres? —¡Un poquito peor, porque al fin y al cabo, ellas entienden!” (González Montalvo, 1935/1950: 223).

El entendimiento humano obliga a que la violencia viril se intensifique contra la mujer. Los porrazos remplazan el diálogo. “El palo las amansa” a ambas, a las novillas y a las mujeres (González Montalvo, 1935/1950: 223). Luego Lety verifica su impresión durante las discusiones privadas que culminan en actos de violencia en su perjuicio. Por los golpes, la ley del campisto se tatúa en el ganado y en la mujer.

Como el archivo, la piel instituye el lugar de inscripción de la ley. “Se agriaba la disputa”, la cual “terminaba casi siempre a cachetazo limpio, con las inevitables lágrimas” (González Montalvo, 1935/1950: 257). En réplica del amate, la piel reitera su corteza. Se trata de la materia prima del papel que recibe las letras fulminantes del amo. Del hombre como amo se espera que sea “cola caliente” y larga, en obvia referencia a la relación estrecha que liga los genitales masculinos al poder político y al ascenso social. “Mujer que se atravesaba, difícilmente se le iba” (González Montalvo, 1935/1950: 41).

Empero, la conquista de mujeres no se agota en la posesión carnal. De ser así, se trataría de un acto solitario que apartaría al hombre de sus semejantes. El varón jamás obtendría un reconocimiento social de los suyos por el valor —ético y de valentía— que forma su carácter. Tal estado de reclusión describe sólo la captura de un “ave agorera” que autoriza la seducción de mujeres. Hay “un hueso del pájaro [que] tornaba inmensamente dichoso con

las mujeres al que lo tenía en su poder. Doble gaba corazones. Las bellas se despezuñaban por él, asina fuese [un] indio se le ofrecían todas”. Pero “era preciso hacerlo personalmente, sin testigo, observando meticulosamente la tradición” (González Montalvo, 1935/1950: 185).

A la falta de “testigo”, en la obtención del amuleto, se contraponen su presencia efectiva a la hora de narrar la seducción de mujeres. La novela casi propone un género literario oral, cuya temática principal narra la conquista exitosa de un hombre. Relata su virilidad sin igual que lo convierte en héroe cultural a juicio de quienes escuchan la narración.

“Estaba haciendo efecto la cushusha. Todos se sentían demasiado hombres [...] y proclamaban que para tocarles el pecho no eran suficientes quince hombres cachimbones, corvo en mano. Eran pura riata [...] los campistos [...] celebraban las jayanadas que les contaba el patrón”, quien se jacta de cómo “los güevos se prueban” con los puños y al “sacarle un sandunguido” a una mujer “pobre” que se “revuelca” con él casi a diario (González Montalvo, 1935/1950: 89-91).

El colmo de este régimen varonil culmina en la violación colectiva de Clarita, la prima enemiga de Ardamúz. Aun si su castigo se imagine en condena a la responsabilidad por un asesinato —el del propio padre de su primo— el género marca el tipo de sentencia. El hombre enemigo muere a tajo de machete en mano; la mujer, “verga en la mano” (González Montalvo, 1935/1950: 164). “Agradecida” por el “cuchillo” que “se hunde”, se desangra luego que un grupo de hombres “ hambrientos se fueron turnando” su cuerpo desnudo hasta saciarse en ella (González Montalvo, 1935/1950: 110).

Tal es la tradición nacional que transcribe González Montalvo. De la captura del ave agorera, a la seducción y la violación, la masculinidad se construye sobre la dominación de mujeres. Si Ardamúz rara vez alardea de afinar su hombría por la rudeza, su proyecto reformador destaca en un paternalismo excesivo. Para la mujer, el esposo equivale al sustituto del padre. Sin un auxilio viril se halla al desamparo y sin proyecto de futuro. Necesita su protección para realizarse socialmente. Sus papeles prescritos son el de hija, esposa y madre. Todo descarrío raya en la prostitución de una mujer pública. De tal tradición deriva la conclusión de la novela.

Guiado por el recuerdo, Ardamúz se encuentra con Irma, la hermosa hija de su vecino enemigo. Ambos se enamoran y luego de vencer varios obstáculos, contraen matrimonio a la muerte del padre de Irma. El romance fundador de la nueva nacionalidad salvadoreña reproduce la típica disparidad de género. Según la tradición al hombre le corresponde el patrimonio, ser patrón, patriarca —arca de la patria— y paternalista. A la mujer, el matrimonio y la casa. El apego a esos valores instituye el pilar central de la identidad nacional en González Montalvo

IV. Coda

El verdadero compromiso político lo sella el retorno al origen. En una búsqueda afanosa del “tiempo perdido”, el pasado revierte su tradición de violencia hacia una concordia entre los diversos actores sociales. La posición de liderazgo le corresponde al hacendado quien —luego de su formación en derecho— escritura su obligación con el recuerdo. El hacendado regresa a la tierra de infancia para establecer un cotejo de su memoria fluida con el archivo. Su reminiscencia se compara a las marcas objetivas de su legado familiar. Al confrontar un pasado fratricida, por el recuerdo forja un proyecto porvenir. Con valor viril asume su rango de reformador. Para ello acepta el modelo cultural que lo instituye como hombre.

De su recia masculinidad deriva su aceptación en la hacienda. Los campistos restablecen “el amor con que vieron siempre a sus patronos” (González Montalvo, 1935/1950: 135). Aceptan su “jurisdicción [...] de la cual no querían salir por nada del mundo”(González Montalvo, 1935/1950: 135). Sólo esperan que el hacendado renueve el pacto social que los une a él. Bajo esa tradición paternalista se recompone la relación entre el capital y el trabajo. Se moderniza la hacienda la cual ofrece un modelo singular para reinventar la nación salvadoreña en crisis.

Sólo falta limar las más rancias asperezas entre patronos enemistados por tradición. La violencia iguales —entre hacendados en intriga de avaricia— agrava la situación de violencia en el campo. El retorno de Ardamúz conjuga de nuevo el recuerdo y la masculinidad, esto es, los dos ejes temáticos de la novela. Por la escucha de una canción tradicional, se encuentra con la hija de su vecino y enemigo inmediato. Su amor mutuo sella el nuevo pacto social del grupo terrateniente.

Parecería que una concentración excesiva de la tierra cultivable y ganadera se juzga como cimiento del desarrollo agrario y nacional. El romance fundacional no sólo concluye con la consolidación de la hacienda como polo del auge nacional. También restablece el poder patriarcal del hombre. “Ser hombre” significa utilizar la “fuerza” como instrumento de autoridad y de escritura. La ley se inscribe en la piel del ganado en derecho de propiedad. Se marca en la tierra por la quema que realiza el sistema de roza antes de sembrar, es decir, por la tala de árboles, etc. Al cabo, se tatúa en la piel de los seres humanos.

La ley del falo (verga) obliga a la mujer a someterse. Sea la fuerza bruta, sea el patriarcado condescendiente, la mujer carece de un recuerdo en el sentido aristotélico del término. Su memoria histórica jamás se proyecta en una reinención de lo nacional. Al declararse inútil sin el reguardo viril, consigna la falta de todo porvenir sin tutela. El padre le “encomienda su hija” al futuro marido en derecho de propiedad (González Montalvo, 1935/1950: 275). Como esfera masculina exclusiva —en el mundo de hacendados y campistos— la política sigue siendo una cuestión de hombres. Ya la cita inicial advierte que una virilidad desbordante —una neta violación de mujeres— instituye el hecho



de “ser hombre” en el campo salvadoreño hacia 1935 en González Montalvo.
Tal es la cruda realidad del archivo que la memoria olvida.

© **Rafael Lara-Martínez**

Bibliografía

- Aristóteles. *Obras*. Madrid: Aguilar, 1967.
---. *Del sentido y lo sensible*.
http://biblio3.url.edu.gt/Libros/2011/del_sentido.pdf. Traducción del griego y prólogo de Francisco Samaranch.
---. *Traité de la mémoire et de la réminiscence*.
<http://remacle.org/bloodwolf/philosophes/Aristote/memoire.htm>.
Traduction française: Barthélémy Saint-Hilaire.
- Boletín de la Biblioteca Nacional*, 1932-1935.
- Dalton, Roque. *Miguel Mármol*. San José, CR: EDUCA, 1972
- Diario Oficial*, 1932-1935.
- Derrida, Jacques. Derrida en castellano. <http://www.jacquesderrida.com.ar>.
---. *Mal de archivo. Una impresión freudiana* (1994). Traducción de Paco Vidarte. <http://www.jacquesderrida.com.ar>.
- Gallegos Valdés, Luis. *Panorama de la literatura salvadoreña*. San Salvador: UCA-Editores, 1981.
- González Montalvo, Ramón. *Las tinajas*. San Salvador: Editorial Ahora, Sin fecha. El epígrafe inicial fecha el inicio de escritura de la novela: mayo de 1935.
---. *Barbasco*. San Salvador: Departamento Editorial del Ministerio de Cultura, 1960.
- Lindo, Hugo. *Antología del cuento moderno centroamericano*. San Salvador: Universidad Autónoma de El Salvador, 1950.
---. "Una generación de cuentistas salvadoreños". *Guión Literario*, No. 27, marzo de 1958. Confirma que la novela de González Montalvo se publica en 1950.
- Menton, Seymour. *El cuento hispanoamericano*. México, D. F.: F. C. E., 1964.
- Revista El Salvador. Órgano Oficial de la Junta Nacional de Turismo*. 1935-1939.
- Rivas Bonilla, Alberto. *Andanzas y malandanzas*. San Salvador: El Amigo del Pueblo, 1936.
- Salarrué. *Cuentos de barro*. San Salvador: Editorial "La Montaña", 1933.



Toruño, Juan Felipe. *Desarrollo literario de El Salvador*. San Salvador:
Departamento Editorial del Ministerio de Cultura, 1958.

Argus-a
Artes & Humanidades

